

ción. Los aviadores traen sobre sus alas nuevos cantos, nuevas ideas, nuevas esperanzas, mejor dicho, todo el tesoro de que vivimos o que nos hace amar y tener fe en la trágica vida. Su audacia varonil o angélica de sondear los cielos hermosos y sonoros, es acreedora a una recompensa justa. Los antiguos viajeros de los maravillosos mares desconocidos traían sus barcas cargadas con la riqueza de oriente. Ellos, los argonautas de la leyenda de nuestro siglo, le traerán una nueva lira al poeta y un nuevo cincel al maestro y un nuevo resorte para las máquinas del mundo y hasta las nuevas párbolas de una religión.

Porque el hombre persiguió las alas del pájaro para ser más grande, para acrecentar su orgullo, para nobleza y dignidad. ¿No había él oído hablar de los perfectos varones antiguos? ¿No había él oído las hazañas de los caballeros extraordinarios de la edad media? ¿No conocía él los elogios que se hacen del hombre en el poema de Milton? El hombre ha nacido para llevar en sus manos las antorchas que alumbren los días majestuosos de la vida, para hacer de su corazón la estrella de la tarde y de su voluntad el poder soberano creador de toda belleza en el vasto mundo.

¡Oh! vosotros los que mojáis vuestras alas en el oro fundido del sol.

¡Oh! vosotros los que estáis más cerca de las estrellas.

En realidad, cuando hay motivos ciertos para admirar al hombre, uno comprende que él es un germen creciente de un dios futuro.

Ascender, ascender o Excelsior, Excelsior, como dice el poeta delicado. ¿No estaba bien el hombre sobre las alfombras de sus jardines? ¿No estaba contento sobre la seda de sus palacios, cegado por la luz de las pedrerías de la materna tierra, turbado por la música de sus violines? ¿No llenaba él sus noches con el ruido de sus fiestas? ¡Oh! sí, y aún más, amaba su tierra dolorosa, adornada con las flores púrpuras del odio y de la venganza.

¡Pero es mejor el recinto del cielo! Suenen las harpas potentes de los motores, llénese el ánimo de una olímpica indiferencia para todo peligro, sea el espacio como una rosa azul en el pecho que hace olvidar la tristeza de morir y subamos. Ahora es la tierra a los pies del hombre, como un brillante suspendido de un hilo de araña. Y en cambio, el hombre, es hermano de las auroras y del sol. El aeroplano es como una abeja de plata que busca el vino ligero de los dioses.

Vemos ascender al aviador y nos emociona. ¿Qué tiene en su barca este hijo de la tempestad? Lohengrin de una leyenda futura. En su barca ideal va hacia una bella durmiente de un bosque estelar. La noche pondrá en

las cámaras de su lírica nave las fragancias luminosas de una pasión nueva y la aurora pondrá allí la gracia de una primavera desconocida. Y se despertará en la tierra el ansia de un nuevo vivir.

Quería llegar a esta expresión final para hacer con vosotros un amable recuerdo del Dante, aquel que iluminado por las alas de una visión amada, sorprendió un día las bellezas reales de la vida, y un recuerdo de Leonardo, el varón perfecto, que diseñó con el mismo crayón la sonrisa admirable y eterna del alma y las alas temblantes e iridescentes del hombre. Y

en ellos pensar en Italia, la madre de todos los renacimientos como la llamó un poeta francés, y de cuyo seno fecundo tantos dioses y semidioses han nacido, hijos del cielo o del infierno, poetas los unos, escultores, orfebres, príncipes, aviadores... amigos fieles y ardientes del amor y de la muerte, creadores de belleza y de heroicidad, de dolor y de civilización.

¡Oh! Italia, el alma azul de nuestra patria, por la gracia de tus valientes, lleva ahora cincelado en su luz un albo cisne como una enaltecida ilusión.

RÓMULO TOVAR

FLOR DE HUMANIDAD⁽¹⁾

Y COMENZÓ como en los extraños cuentos de Oriente se comienza: érase un reino desdichado que gobernara un príncipe temido a quien nadie conocía. Su poder, como la impalpable luz, se dilataba por la extensión del reino, porque endonde quiera se le sentía presente e invencible. ¿De dónde había llegado? ¿Cuándo había entrado en posesión del cetro y ceñido la corona? Lo ignoraban los gobernados.

Los viejos y hermosos parques, los jardines espléndidos de donde se extraían las esencias con que aquella región derramaba la exquisita embriaguez del aroma sobre el mundo, ahora comenzaban a quedar desiertos.

Desde que el príncipe encantado empezó su reinado en silencio un secreto dolor errante sofocaba toda ventura en los ámbitos del reino.

De todos sus rincones de repente se levantó un clamor. En los bosques y en los vergeles agonizaba y se moría la flor. La tierra estaba amenazada de perder el poderoso hechizo del perfume. Los baños, los aposentos, los comedores, las cámaras, los tocadores, los divanes, los guardarropas, los linos, las sedas, los mosules, las caderas y las manos, las bocas y los cuerpos, ya no tendrían en adelante el irresistible encanto de los aromas, ni de las fragancias, ni de los bálsamos. Iba a borrarse aún del recuerdo de los hombres la sugestión, fugitiva pero imperiosa, de las esencias olorosas del reino de las plantas.

Pero esta súbita desaparición de las flores era el augurio de una pérdida mayor aun.

Los frutos no cuajaban en el seno de la flor. La esterilidad estaba emponzoñando las fuentes de la vida.

Los huertos habían perdido la mitad de su belleza. Eran bosques de solterones marchitos.

La desesperación reverberaba en el aire. Sentíanse los deseos de huir: pero la misteriosa atracción de la tierra por donde corrió, jugó y rió nuestra niñez sujetaba a los habitantes a aquel suelo, ahora maldito.

Una mañana se difundió un rumor. Habíale traído un mensajero enviado por uno de esos viejos magos que vivía en un vallecillo de una distante provincia. Decía el rumor que había descubierto la causa de la muerte de la flor. Una mariposa extrañamente humana hundía los dedos de sus manos en el fondo de las corolas e infiltraba en su seno la angustia de la muerte. Las flores morían lentamente, como en un largo y pesadoso sufrimiento.

Pero era sutil la mariposa. Pasaba al través de una telaraña sin desgarrarla; posábase sobre la más leve flor sin doblegarla. Y parecía dotada de una actividad de primavera y de una inteligencia maravillosamente humana. Habíanle perseguido algunas pocas personas; ella parecía sonreír, y visible, e implacable como la luz, continuaba su prodigiosa obra de estrago y de dolor.

En la noche de ese mismo día en que el rumor se hizo oír, algo trágico apareció en el reino. Muchos cuerpos de niños comenzaron a quedarse vacíos. Partía la luz de sus ojos, íbase la voz con el enjambre de sus palabras y sus risas y sólo quedaba un ligero manzana en las mejillas y una angélica sonrisa en los labios. A medida que las horas trascurrían iban vaciándose los cuerpos de los niños como si desertase la vida de su corazón y de su sangre. Las calles y las plazas se llenaban de madres desesperadas. El aire era un lamento.

Los hombres corrían hacia los ríos

(1) Publicado en la *Pictorial Review* de Nueva York, julio de 1919, con el pseudónimo de E. DE JOCELYN.